



EX LIBRIS

EX LIBRIS

COLECCIÓN

FICCIONES REALES

Dirigida por Cristian Alarcón

Ficciones Reales son las que se conciben desde el periodismo y se escriben desde la literatura. En estas historias de largo aliento, el lector puede dejarse llevar por las tramas de lo real con el vértigo, la emoción y la intensidad de la novela o el cuento. Los cronistas de Ficciones Reales son investigadores implacables de la complejidad y de lo que se oculta detrás de las noticias. Con el rigor de la mejor investigación y la potencia de la narrativa se sumergen en lo contemporáneo para relatar lo que no se puede contar con los formatos del periodismo clásico.

Roberto Herrscher

Periodismo narrativo

Cómo contar la realidad con las armas de la literatura



Mario Vargas Llosa, Ginger Thompson y el chofer del ministro haitiano

En octubre de 2006 acudí a la entrega de los premios Cabot de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia. Columbia entrega los principales premios periodísticos de Estados Unidos, entre otros los Pulitzer. En 1938 instituyó estos galardones, pioneros en su tipo, que juntan a directores de medios y reporteros de nuestro continente con periodistas estadounidenses que cubren Latinoamérica e iluminan a su público sobre su mal comprendido “patio trasero”.

La ceremonia de 2006 tenía un protagonista especial, a quien yo tenía muchas ganas de escuchar: el novelista y reputado creador de opinión peruano Mario Vargas Llosa.

Junto con su obra de ficción y sus ensayos literarios, Vargas Llosa mantiene una muy comentada columna, *Piedra de toque*, en la edición española de *El País*, que numerosos diarios de América reproducen, y en los últimos años ha emprendido viajes a sitios conflictivos para escribir crónicas de lo que vio y conversó con personas con puntos de vista contrastantes. De allí surgieron extensos reportajes sobre Iraq, el Congo y Oriente Medio. Por sus textos periodísticos, que “durante toda su vida promovieron los valores democráticos y el entendimiento entre los ciudadanos de las Américas”, lo estaban premiando en Nueva York.

Comimos en mesas redondas, en torno a las cuales charlaban con cuidada cordialidad periodistas y académicos, y a los postres vinieron los discursos.

Quiero acordarme ahora del discurso de Vargas Llosa, pero pese a las ganas que tenía de escucharlo, sus palabras se me iban olvidando a medida que hablaba, como arena que se escapa de las manos. El esmoquin y la pajarita seguramente le engolaron la voz y las ideas, y pontificó de lo lindo sobre la importancia del periodismo libre –en una sociedad liberal como la que pregona– y sobre los principios de calidad e independencia de los medios.

En las mesas, los satisfechos representantes de los medios más poderosos de Latinoamérica lo escuchaban con agrado. ¿Pero qué dijo? ¿Y por qué no puedo citar lo o recordar una frase feliz, un concepto, una idea? Si he leído una quincena

de sus libros, si lo vengo leyendo desde la adolescencia... ¿cómo es que no puedo acordarme de lo que dijo esa noche?

Después del gran novelista, entregaron el premio a una reportera del *New York Times* que yo no conocía: su nombre es Ginger Thompson, y lo primero que supe de ella, cuando se levantó decidida y elástica del sillón donde cada premiado esperaba su turno, fue lo que transmitían su color mulato y su figura esbelta. Y Ginger, de quien no había leído una línea, empezó a contar una historia. Contó que en el inicio de su carrera como reportera internacional, en los años noventa, le tocó cubrir una ola de violencia en Haití.

En sus palabras se comenzaron a colar el sol abrasador y la miseria extenuante del país más pobre de América. Asesinaban a políticos oficialistas y opositores, se sucedían las manifestaciones, la comunidad internacional peroraba impotente, y la joven reportera intentaba seguir a la tropa de periodistas que iban de acto en ceremonia, y del sitio del último atentado al funeral de la víctima. Cuando mataron a un ministro, la joven periodista ya tenía tarea para la mañana siguiente. Llamó a su chofer habitual y le pidió que la pasara a recoger al hotel para llegar temprano al entierro del funcionario.

“No puedo”, le dijo el chofer. “Búsquese a otro. Yo tengo algo importante que hacer”.

Sin saber bien por qué, Ginger Thompson le preguntó qué era eso tan importante, y el chofer le informó que junto con el ministro habían asesinado a su chofer, un viejo amigo del chofer de la periodista. Y que para él, ir al entierro de su amigo era más importante que el trabajo mejor pagado. Y entonces, casi sin pensarlo, la reportera tomó una decisión que marcaría su carrera y que, de alguna forma, la llevó a escribir las crónicas que llamaron la atención del jurado de los Cabot.

“Voy contigo”, le propuso ella. “Llévame por favor al entierro del chofer”.

Todavía recuerdo la sorpresa. Obvio, lo que Ginger quería decirnos esa noche, en la enorme sala circular de las grandes ceremonias en la Universidad de Columbia, se explicaba en esa escena. Pero la contó de tal manera que yo, al menos, no la vi venir. Tal vez me sorprendió porque se colocó a sí misma en ese momento, en el momento de recibir la respuesta del chofer y cuando no tenía preparada ninguna contraréplica.

Y entonces, claro, se le ocurrió –y actuó como si se le estuviera ocurriendo allí, en el estrado, frente a nosotros– la proposición que la hizo entrar en otra dimensión del periodismo. No iría a cubrir como todos los demás los discursos del gobierno y los pasos conocidos de la ceremonia oficial. Iría al cementerio pobre, en el barro, con los dolientes descalzos que llorarían sin ceremonia al chofer. Y de allí sacaría su crónica del otro Haití, el hundido, el invisible.

Puedo pedir y citar los discursos exactos, pero siento que sería un engaño: quiero basarme en lo que recuerdo, a distancia. No me propuse compartir sus historias como las contaron ellos, sino el proceso de reconocimiento, regocijo y enriquecimiento que produce una buena historia bien contada. Y sobre todo, lo que nos queda –lo que nos va moldeando, historia a historia– en el proceso

acumulativo, la formación de una memoria que se nutre de los descubrimientos de los otros.

¿De qué nos acordamos? ¿De qué nos olvidamos? ¿Qué se pierde para siempre? ¿Qué queda, adormecido pero con un ojo entreabierto, vigilante, en la penumbra de nuestra memoria?

A estas alturas, creo que habrá quedado claro que, para mí, como postulan muchos lingüistas y epistemólogos, lo que nos toca, nos apela, nos hace recordar o nos sorprende son mucho más las historias que las teorías, los argumentos y los sermones.

Somos más ricos después de haber leído las novelas de Vargas Llosa. Hemos disfrutado o sufrido con las tentaciones de Pantaleón y sus visitadoras, con el escritor y su pícara tía Julia, con la furia de Urania en su viaje de vuelta a la República Dominicana, con los viajes profundos y paralelos de Paul Gauguin y su abuela Flora Tristán. Pero cuando el narrador se pone sentencioso, me cuesta seguirlo. Y no tiene que ver con el hecho –también cierto– de que sus admoniciones me parecen más simples, menos flexibles, más toscas que las historias que cuenta. Tiene que ver con el poder implacable de las historias.

Tras el último café tibio terminó la ceremonia de los Premios Cabot, y en mi interior agradecí profundamente a Ginger Thompson, a quien no conocía y a quien no volví a ver, por la humanidad y el arte que me regaló con su historia del chofer del ministro. Y recordé, también, qué es lo que me mueve, lo que me llena, lo que leo sin cansarme, lo que trato de hacer en mis artículos y mis libros.

Cuando me dicen: “Te voy a contar una historia”, que se hagan a un lado todas las teorías. Necesito las teorías para entender y pensar, pero si debo ser sincero, son las historias las que me quedan. Disfruto las historias inventadas, por supuesto, pero las reales –la no ficción– tienen para mí un inmenso valor agregado.

¿Por qué? Por un lado, porque es muy difícil no poder inventar, no poder agregar ni mentir y, para ser realmente honestos, no poder quitar lo que no encaja con la coherencia de la historia que estamos contando. Debemos crear una narración que emocione, ilumine y plante en la mente del lector historias y personajes indelebles, pero nuestra materia prima es nada más y nada menos que la verdad. La persona que vemos al otro lado de la mesa o en la calle donde sucedió el hecho es esa y no otra; lo que nos cuenta, aunque nos esté mintiendo, no lo podemos tergiversar. Tenemos que tratar de entender a gente que no actúa como si fueran personajes producto de nuestra imaginación.

Esta escritura, por muy alto que vuele, siempre estará pegada a la tierra, y nos hará más humildes y más sabios como escritores. Es mucho más difícil hacer literatura con personas ajenas, provistas de sus propias ideas, su lógica y su memoria, que con monigotes inventados por nosotros.

Y a los lectores, la buena “literatura de los hechos” los llevará, estoy convencido, más allá del goce estético y el impacto de escuchar una buena historia. Las historias “verdaderas” nos meten en el corazón de este mundo que nos rodea, de esta época u otra del pasado, nos ponen en contacto con puntos de vista divergentes sobre grandes acontecimientos de la historia o dramas más domésticos pero no menos profundos.

Es este mundo el que se nos muestra, es gente de verdad la que habla. Y es el enfrentamiento de un escritor-reportero con un mundo externo que no puede cambiar ni moldear a su antojo o según sus ideas. Bien practicado, el periodismo narrativo es profundamente ético.

¿De qué va este libro?

Este libro busca compartir con sus lectores el entusiasmo del autor por esta disciplina que no es nueva, pero que está en constante auge y que, estoy convencido, es más útil y necesaria que nunca, tanto para la supervivencia de los medios escritos como para la comprensión profunda de realidades, sensibilidades e historias cada vez más complejas.

En la primera parte, presento ensayos sobre las herramientas que utiliza el periodismo narrativo; la profundización y ampliación de las seis preguntas básicas que han de transformarse en cuestiones relevantes para este tipo de periodismo; el enfoque narrativo, centrándome en los puntos de vista planteados por los cuatro evangelistas; y los antecedentes literarios, que parten de los poemas épicos, siguen con Shakespeare, se adentran en la novela realista decimonónica y en los textos de “no ficción” de los grandes escritores.

En esta parte, que llamo “La realidad contada”, busco trazar el contexto común de formas de trabajo, preguntas, lecturas y acercamientos a los hechos que rodean y dan sentido a la obra de los maestros que trato más adelante. En cierto sentido, es una descripción del estanque en donde nadan las especies ícticas que introduzco en la segunda parte.

En la segunda parte, “Lecciones y maestros”, intento juntar dos formas de acercarse al periodismo narrativo: mediante ensayos sobre la vida, la obra y la relevancia de un puñado de insustituibles cultores de este arte/oficio, y con recomendaciones o principios del viejo cuño de los manuales.

La idea es contar las distintas formas en que escritores, reporteros, luchadores y viajeros inventaron un nuevo país narrativo, y después transformar lo que hemos aprendido –al menos lo que he aprendido yo– de sus artículos y libros en una serie de lecciones de las que cada lector sacará lo que le sirva.

¿Por qué estos periodistas narrativos y no otros? Me resulta mucho más fácil defender que todos los que están deben estar que justificar las ausencias. Tal vez la respuesta más sincera sea que me baso en los que para mí llevaron más lejos y más coherentemente uno o varios de los caminos, de las formas o herramientas del periodismo narrativo. Esto no es ni pretende ser una enciclopedia ni una lista explicada, sino una serie de lecciones acompañadas por ensayos sobre la vida y la obra de quienes me las enseñaron.

Algunos son famosos por haber escrito grandes novelas y su obra periodística, aunque relevante, es secundaria en la apreciación pública (George Orwell, Gabriel García Márquez).

Otros dedicaron toda su vida al periodismo y los libros que ensanchan y

complejizan nuestra disciplina son en su mayoría recopilaciones de textos publicados en medios de prensa (Oriana Fallaci, Joseph Mitchell o Alma Guillermoprieto).

La mayoría son autores de libros periodísticos. Tienen, como casi todos los autores, variedad de registros, pero me he concentrado en unos pocos temas y unas pocas herramientas porque considero que son estos y estas las que más nos ayudan a dominar nuestro oficio.

Por último, se verá en el índice que he agrupado a los autores en tríos y cuartetos. Si ellos mismos leen lo que digo de ellos y su obra (más de la mitad están vivos y en plena producción), algunos se sorprenderán más que otros al encontrarse en la compañía en que los coloco.

Para los lectores, mi esperanza es que las agrupaciones tengan sentido y sirvan de ayuda. Espero también que se entienda desde el principio que no están juntos porque percibo escuelas o afinidades ideológicas, ni mucho menos lealtades identitarias, sino porque responden, con ciertas similitudes y sobre todo con fascinantes diferencias, a las mismas preguntas.

En algunos casos, los vínculos vienen por llevar hasta sus últimas consecuencias un género: hay entrevistadores (Fallaci, Grobel y Terkel), perfiladores (Mitchell, Talese, Pla y Tomás Eloy Martínez) y cronistas (Kapuściński, que es como si fueran tres o cuatro).

En otros, los une su desarrollo de herramientas: la investigación en profundidad (Woodward y Bernstein, Hersh y Walsh); el uso de la primera persona (Wallraff, O'Brien y Orwell) o de la entrevista en profundidad para narrar una historia (Hersey, Capote y García Márquez).

En las segundas partes de los capítulos y en el epílogo agrego algunos nombres más, que me parecen importantes para redondear los temas, como Barbara Ehrenreich, Anna Politkovskaya, David Remnick y Mirta Ojito.

Por lo tanto, para mí, todos los que están, son. Todos me enseñaron cosas básicas y profundas de mi oficio, y estoy seguro de que todos tienen mucho que enseñar a los lectores.

Pero, ¿están todos? Seguro que no. Ya lo dije: esto no es el canon del periodismo narrativo, los 100 mejores, los reportajes y crónicas que hay que leer antes de estirar la pata, ni los nombres que harán quedar al lector ignorante como culto súbito en un coctel.

Ni siquiera están todos mis preferidos. Quise quedarme con un puñado de ejemplos, de quienes llevaron ciertas formas, ciertas búsquedas, ciertos estilos y preguntas hasta el límite. Originalmente había el doble de nombres, pero no quise que el libro saliera demasiado grueso. Tampoco tenía sentido dedicar un párrafo a cada escritor, pero sí demorarme en la obra y el camino de unos pocos.

De los que conozco y admiro, faltan por supuesto plumas ilustres de varios países, como Ernest Hemingway, Tom Wolfe, John Pilger, Arturo Pérez Reverte, Roberto Arlt, Carlos Monsiváis, Juan Villoro, Horacio Verbitsky, Gaziel o Bru Rovira. Acerca de varios de estos maestros, y de otros de su categoría, escribí y publiqué ensayos y reseñas a lo largo de los años, y su ausencia en este tomo no

significa, obviamente, ningún menoscabo de su obra en comparación con la de quienes sí incluyo.

Estas consideraciones tienen que ver con los libros y los periodistas que conozco. Internet nos ha hecho más internacionales, pero todavía hay mucho camino que recorrer. En los países de América Latina, los clásicos del pasado y los imprescindibles del presente en un determinado país son muchas veces desconocidos en el país vecino. Y en Europa mucho más, porque las obras largas de periodismo narrativo raras veces se traducen.

Para decirlo más claro: mis personales limitaciones lingüísticas son las razones por las que en este libro aparecen, tan solo de forma puntual, obras escritas en italiano (Oriana Fallaci), alemán (Günter Wallraff) o ruso (Anna Politkovskaya), y eso porque han sido traducidos al castellano y al inglés. En estos doce años de vida en Barcelona, me he enriquecido con el conocimiento del catalán, y he podido apreciar y disfrutar la obra de Josep Pla en su idioma. En su inmensa mayoría, los trabajos que se mencionan fueron escritos en estos idiomas que manejo, y casi todos se consiguen en ediciones en castellano.

Trato de seguir, como el fanático que soy, todo lo que se publica como periodismo narrativo desde principios de los años noventa, pero obviamente, muchas joyas se me deben de haber escapado. Un sueño de esta botella al mar que arrojo con la publicación de este libro es que me regalen o propongan autores nuevos, o, mejor aún, que me critiquen o discutan la elección y los agrupamientos.

De música, afinidades y admiraciones

No puedo evitarlo. Vivo rodeado de música. De hecho, estoy escuchando una cantata de Bach mientras escribo este párrafo, y esta mañana escribí las páginas anteriores con Piazzolla. Escribo sobre música más de lo que escribo sobre periodismo, y me ayuda a desconectar y a la vez conectar con mis ideas y mis sentimientos. Las danzas sensuales de los instrumentos y las historias desorbitadas de las óperas me vienen a la mente al pensar en un tema, por más alejado que esté del mundo de la música.

Sin ir más lejos, en mi primera clase en un curso sobre periodismo narrativo, nunca dejo de hacer referencia a la metáfora musical que para mí mejor ilustra nuestra extraña disciplina: el laúd barroco de doble encordado. Eran muy grandes instrumentos de madera y cuerdas pulsadas, que tenían una hermosa característica: tenía dos juegos de cuerdas de tripa, que vibraban en simpatía.

Pongamos que fueran doce cuerdas las que se pulsaban (por la época y la escuela variaban en número). Encima de las cuerdas que el músico tocaba, había otro juego de doce cuerdas que no eran pulsadas, pero que vibraban en simpatía cada vez que se tocaba la cuerda que estaba afinada en su mismo tono. El instrumento sonaba como si fueran dos, porque las cuerdas simpáticas sonaban solas, la del *la* de arriba cuando se pulsaba la del *la* de abajo, y así sucesivamente.

No he encontrado en todos estos años ninguna metáfora mejor para describir lo que hacen las buenas historias de periodismo narrativo: nos hacen vibrar en simpatía cuando pulsan una cuerda que nos es afín.

Tengo, por tanto, afinidad con estos maestros, aunque obviamente no concuerde con todo lo que opinan ni me parezca que todo su trabajo es admirable. Gracias a esa afinidad con su obra, en más de un caso el aprendizaje fue en directo, de viva voz. Tuve la fortuna de conversar con, entrevistar a, asistir a clases de, y hasta enseñar periodismo junto con varios de los maestros de este libro. En más de un sentido, son mis maestros personales. Y en más de un sentido, esta es seguramente una autobiografía profesional y personal.

Dime a quién admiras y te diré quién eres. Y si me dices que no admiras a nadie... también sabré bastante sobre ti.

Una de las clases que más disfruto es la que suelo compartir cada año, una semana de julio en Berlín, con una quincena de periodistas africanos y asiáticos del Instituto Internacional para el Periodismo del Ministerio de Desarrollo Alemán.

La segunda mañana del curso les suelo pedir a los participantes que, en sus riquísimas variantes de inglés, me presenten a sus héroes en la profesión y me cuenten acerca de ellos. Al terminar, sé mucho más de los asistentes que cuando se presentaron a sí mismos el primer día. Nuestras admiraciones nos definen, y tal vez uno de los peores males del periodismo actual es que carecemos de la ilusión y la generosidad para expresar abiertamente admiración por los mejores de nuestros colegas.

El mérito es de mis maestros; la culpa es mía

Todo lo que hay en este libro ha sido enseñado, compartido y discutido por el autor con sus colegas, profesores y alumnos de los últimos tres lustros, principalmente en el máster en Periodismo BCN_NY que organizan conjuntamente el Instituto de Formación Continua (IL3) de la Universidad de Barcelona, el departamento de formación continua de la Universidad de Columbia y la prestigiosa Escuela de Periodismo de dicha universidad neoyorquina.

El máster de la UB, mi casa desde hace más de una década, es el sitio donde día tras día, año tras año, aprendo y comparto lo que voy descubriendo con un excelente cuerpo de profesores (sobre todo el gran maestro y eximio entrevistador Josep Cuní y mi colega y amigo Juan Pedro Chuet-Missé) y con alumnos de más de treinta países, de cuyas preguntas, respuestas y debates he aprendido mucho. Solo espero haberles enseñando tanto como ellos a mí.

También es tributario de lo que aprendí enseñando en la carrera de Periodismo de la Universidad Finis Terrae de Santiago de Chile y charlando y compartiendo experiencias con sus estimulantes profesores, con la excelente periodista, profesora, amiga y ex alumna Patricia Corona, y sobre todo con su directora, amiga y gran editora de la primera versión de este libro, Constanza López. Su

lectura experta mejoró estas páginas, sobre todo aclarándome ideas y ayudándome a quitar frases redundantes y párrafos innecesarios.

Aprendí asimismo enseñando y compartiendo lecciones en el Instituto para la Formación de Periodistas Internacionales de Berlín, la Fundación Nuevo Periodismo de Cartagena de Indias, la maestría en Periodismo del diario *Clarín* de Argentina, las redacciones de los medios del Grupo Nación de Costa Rica y Panamá y del periódico *La Prensa* de Nicaragua, los cursos que di en Guatemala y Belice para la Fundación Thomson de Gran Bretaña y otras instituciones que me dieron la posibilidad de enseñar y de compartir conocimientos con colegas y alumnos.

Más al fondo de mi memoria, lo que aquí escribo y lo que diariamente enseño se nutre de los grandes profesores que tuve en la Universidad de Buenos Aires (sobre todo el gran intelectual y polemista socarrón León Rozitchner), en la Universidad de Columbia (especialmente mi mentor, el malogrado, recordado y divertidísimo profesor James Carey) y en el Instituto para el Periodismo Internacional de Berlín (en primer lugar, el Maestro Peter Prüfert).

Solo espero poder transmitir con algo de pericia y elocuencia las historias que me ayudaron a ser mejor periodista y profesor, y las lecciones que saqué de dichas historias.

Todos aprendemos y todos, aún los grandes y consagrados, pueden mejorar y ayudarnos con su ejemplo.

A finales de 2010, pude escuchar con admiración la serie de discursos que Mario Vargas Llosa pronunció en Estocolmo con motivo de la recepción del premio Nobel de Literatura. Ahí sí que fue memorable.

Tras la ceremonia en el palacio real y antes de la cena de homenaje, esa gélida noche del 9 de diciembre de 2010, el eximio novelista alzó la copa y empezó así: “Soy un contador de historias y, por lo tanto, antes de proponerles un brindis, voy a contarles una historia...”.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Mario Vargas Llosa, Ginger Thompson y el chofer del ministro haitiano	9
¿De qué va este libro?	12
De música, afinidades y admiraciones	14
El mérito es de mis maestros; la culpa es mía.....	15

PARTE I. La realidad contada

1. HERRAMIENTAS

Primeros pasos para transformar una noticia en un texto narrativo	19
El punto de vista y el personaje del narrador	20
La historia de los otros	22
De fuentes y declaraciones a personajes y diálogos: el teatro de la realidad.....	24
El detalle revelador: los objetos cobran vida, la descripción como fiesta del estilo y como forma de hacer concreto lo conceptual	25
Qué historias piden y merecen ser contadas: el camino de los hechos y los caminos de los personajes.....	27

2. PREGUNTAS

Las cinco “Ws” del periodismo narrativo.....	29
Qué	31
Quién.....	34
Dónde.....	37
Cuándo.....	40
Cómo	42
Por qué.....	44

3. ENFOQUES

Cuatro maneras de acercarse a una gran historia	47
Mateo, el abogado	48
Lucas, el historiador	50
Juan, el poeta	52
Marcos, el reportero	53

4. ANTECEDENTES

El fuego donde comenzó a calentarse el periodismo narrativo	55
Cantar y contar el mito.....	55
Las obras históricas de Shakespeare.....	57
La novela realista y el folletín.....	58
Surgidas de las mismas máquinas Remington en las que tecleaban sus novelas.....	62

PARTE II. Lecciones & maestros

5. RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

I. El reportero de la curiosidad infinita	67
Una conversación inesperada.....	68
“Kapu” cuenta sus primeros viajes.....	69
Maestro en constante aprendizaje.....	71
Tener o no tener zapatos.....	73
Su último viaje.....	74
Una entrevista inolvidable.....	76
Buscando la historia de esa mañana en el Zócalo.....	77

II. Lecciones a partir de Kapuściński

Llegar, mirar, oler, describir, contar, entender.....	79
Ir y llegar.....	79
Ver y mirar.....	81
Oír y escuchar, oler y saborear, tocar hasta mancharse.....	82
La foto: describir el escenario y hacernos “ver” su significado.....	83
La novela: de los datos a la historia, del argumento al relato.....	84
La estructura: siempre diferente, siempre reconocible.....	86
Epílogo a partir de <i>Kapuściński non-fiction</i> de Arthur Domoslawski.....	88

6. STUDS TERKEL, LAWRENCE GROBEL Y ORIANA FALLACI

I. El teatro de la entrevista	93
Studs Terkel, el mejor escuchador del mundo.....	93
Cómo llegó a crear fascinantes <i>patchworks</i> de historia oral.....	97
Lawrence Grobel, tirando del hilo de Ariadna.....	99
¿Grobel o Pacino?.....	102
Lucha, desafío e intransigencia de Oriana Fallaci.....	105
Una propuesta: Oriana Fallaci nunca cambió.....	112

II. Lecciones a partir de Terkel, Grobel y Fallaci

La entrevista como género narrativo.....	116
La entrevista para entender.....	116
La entrevista como recolección de material para poder contar.....	117
La entrevista: una obra de teatro de no ficción.....	119

Entrevistas “con”: ¿con quién contamos y por qué?.....	120
Entrevistas “a”: personajes “entrevistables” y cómo tratarlos	122
Entrevistas “contra”: representando al ciudadano	124
¿Es cierto lo que nos dicen? ¿Nos mienten? ¿Se equivocan?	125

7. GAY TALESE, JOSEPH MITCHELL, JOSEP PLA Y TOMÁS ELOY MARTÍNEZ

I. Perfiladores afilados como cuchillos	127
Bendita gripe la de Frank Sinatra.....	127
Gay Talese, maestro de la fama y la oscuridad	130
Joseph Mitchell, el fantasma de los pasillos del <i>New Yorker</i>	133
El secreto de Joe Mitchell.....	135
Josep Pla, pintar con recuerdos, digresión a digresión, mientras brama la tramontana	138
Tres etapas planianas: leer, viajar y encerrarse a recordar	142
<i>Homenots</i> : buscando lo esencial y lo catalán de unos gigantones familiares.....	144
Tomás Eloy Martínez y el mítico cadáver de Evita Perón.....	150
Tomás Eloy Martínez vuela bajo pero lejos	154

II: Lecciones a partir de Talese, Mitchell, Pla y Martínez

El perfil como arte y como oficio	157
No es reportaje, no es crónica, no es biografía...	
¿qué es el perfil periodístico?.....	157
¿Quiénes son “perfilables”?.....	160
Ingredientes del perfil I: entrevistas y seguimiento al personaje.....	162
Ingredientes del perfil II: entrevistas con otros	165
Ingredientes del perfil III: investigación, qué leer, dónde ir... ..	166
La receta: cómo estructurarlo y escribirlo.....	168

8. GEORGE ORWELL, GÜNTER WALLRAFF, TIM O'BRIEN Y ALMA GUILLERMOPRIETO

I. En carne propia	173
El “método Orwell”: bajar a la mina, a la cocina y al campo de batalla	173
Culpa y expiación de Eric Blair	178
Engañar para develar el engaño: el viaje de Günter Wallraff	180
Cabeza de turco, cuerpo de alemán.....	184
Tim O'Brien cuenta su Vietnam	186
Tim O'Brien inventa una guerra literaria más verdadera que Vietnam.....	188
Alma Guillermoprieto despacha cartas desde América Latina	192
Alma Guillermoprieto envía una postal desde el recuerdo.....	195

II: Lecciones a partir de Orwell, Wallraff, O'Brien y Guillermoprieto

Cuándo el “yo” es aceptado... o incluso obligatorio.....	197
¿Me ocurrió algo importante? ¿Soy interesante?	
¿Me puedo tratar como noticia?	197

El placer y el dolor de recordar el pasado.....	201
Lo vivo porque lo quiero contar.....	205
El viaje del periodista narrativo y su lector hacia la comprensión	206

9. BOB WOODWARD Y CARL BERNSTEIN, SEYMOUR HERSH Y RODOLFO WALSH

I. Contar contra el sistema: La tentación del poder y el poder de las tentaciones	211
Bob Woodward y Carl Bernstein, personajes.....	211
El “Método Woodstein”	213
Los personajes arquetípicos.....	214
El taquígrafo del poder.....	217
El talento desperdiciado	218
Sy Hersh viaja a la cabeza del teniente Calley y descubre el horror del sistema.....	220
El nuevo Hersh de la guerra de Iraq es... el mismo Hersh.....	224
Rodolfo Walsh: del crimen individual inventado a los crímenes reales y colectivos.....	227
Operación Novela de Investigación Periodística	230

II: Lecciones a partir de Woodward y Bernstein, Hersh y Walsh

El impulso narrativo en el periodismo de investigación	235
La larga y fructífera tradición de tirarle mierda al poder	235
¿Quién investiga hoy?	236
¿Cómo transformar una sucesión de datos en una narración legible?	238
Justicia retroactiva: el periodista narrativo de investigación no permite que los crímenes se entierren	240

10. JOHN HERSEY, TRUMAN CAPOTE, GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ Y JAVIER CERCAS

I. Contar desde la narración de los personajes: Posibilidades y limitaciones de la “novela de no ficción”	243
¿ <i>Hiroshima</i> , el mejor libro de no ficción?.....	243
John Hersey, pionero y enemigo del Nuevo Periodismo	247
Truman Capote, padre de la <i>non-fiction novel</i>	251
La fría sangre de un novelista.....	254
García Márquez: novelista, cuentero, genio y reportero cuidadoso	260
La historia que no escribió el teniente Velasco	263
Tiburones, pacos y narcos: el peligro como motor narrativo	266
Javier Cercas busca un fin para la Guerra Civil: <i>Soldados de Salamina</i>	272
<i>La velocidad de la luz</i> : el horror de Vietnam y un autor que se cuelga en la foto ...	278
Pensar la transición: <i>Anatomía de un instante</i> , de la novela al... ¿periodismo?.....	282

II. Lecciones a partir de Hersey, Capote, García Márquez y Cercas

El durísimo trabajo de contar historias reales como novelas.....	286
La realidad supera a la ficción... a veces.....	286
Dar sentido al caos.....	289
Tienen la historia escondida, pero no lo saben.....	291
La voz del autor, la voz de los personajes.....	293
Contar la vida de los otros.....	295
EPÍLOGO. Dedicado a la memoria de Anna Politkovskaya.....	297
FUENTES.....	301
BIBLIOGRAFÍA.....	303